

Esta Serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

R E S U M E N

Las consideraciones que llevaron al gobierno militar argentino a emprender la recuperación de las islas Malvinas en abril de 1982 y que marcaron las iniciativas argentinas desplegadas a lo largo del conflicto, fueron sobre todo de índole política. A su vez estas consideraciones políticas deben desglosarse en lo que fueron las consideraciones de política nacional (el discurso hacia el frente interno); de política militar (el discurso frente a los pares) y de política internacional (el discurso hacia el frente externo). En la combinación de estos elementos políticos está la clave de porqué los militares argentinos se lanzaron a la aventura de Malvinas.

EL PROTAGONISMO POLITICO DE LAS FUERZAS ARMADAS

Desde 1930, los militares argentinos han estado permanentemente presentes, de manera directa o indirecta, en el acontecer político nacional. Durante las cinco últimas décadas no sólo se sucedieron múltiples regímenes militares, sino que se fue desarrollando un sistema pretoriano cívico militar, con diversos regímenes políticos. Los militares fueron aceptados como actores naturales en la vida política nacional y detentaron el poder en muchas oportunidades, no tanto como una función en caso de emergencia, sino más bien como propiedad y atributo natural de la corporación castrense, de manera casi institucionalizada. Un elemento central en este sistema pretoriano fue la cultura golpista que prevaleció y privilegió los intereses de los grupos políticos, militares, económicos- por sobre los intereses de la Nación y desechó las limitaciones y las reglas de juego políticas que impone la democracia. Dentro de esta cultura golpista la liberación política de los mandos castrenses y la toma del poder por los militares fueron siempre conductas esperadas. Otra característica de este sistema pretoriano fue la progresiva militarización del aparato del Estado y de las estructuras corporativas de la sociedad.^{1/}

El protagonismo militar y la inestabilidad institucional que caracterizaron a la sociedad argentina durante los últimos cincuenta años se deben, en parte importante, a la modalidad adoptada por las élites dirigentes argentinas para ocupar su lugar en la sociedad civil y en el sistema político de Argentina. Para mantener la concentración de su poder económico y su situación de privilegio social, estas élites -ligadas tradicionalmente al sector terrateniente agroexportador- entraron en confrontación con casi todos los otros

sectores de la sociedad y fueron así incapaces de organizar un consenso político nacional ya que, necesariamente, los compromisos imprescindibles para lograr una posición hegemónica, hubieran afectado su posición de poder y dominación. Los grupos dominantes argentinos entraron siempre en contradicción con la "ley de los números" que rige la democracia política, produciéndose lo que Alain Rouquié ha denominado una situación de dominación sin hegemonía que dio pie a la inestabilidad endémica de la institucionalidad democrática y montó el escenario en el cual los militares asumieron un rol protagónico. El autoritarismo militar significó la creación de una hegemonía sustitutiva donde eran armonizados por la fuerza los intereses sectoriales, imponiéndose de hecho la legitimidad económica y política del grupo dominante. El régimen militar que se mantuvo en el poder entre 1976 y 1983 encaja perfectamente en este marco analítico. Contó, sin embargo, con tres especificidades que lo distinguieron de los regímenes militares anteriores: la imposición por la fuerza de un modelo económico de libre mercado que devastó el sistema económico nacional; el terrorismo de Estado, incomparable con cualquier régimen represivo anterior, y la guerra de las Malvinas, ejemplo único de errores de cálculo y desaciertos políticos unidos a una desastrosa conducción militar. Estos tres elementos tuvieron como consecuencia el desprestigio absoluto de la institución castrense, a tal punto que luego de la entrega del poder el gobierno de Raúl Alfonsín, el protagonismo político de las Fuerzas Armadas ha sido cuestionado seriamente por primera vez en la historia contemporánea argentina.

LA GUERRA DE LAS MALVINAS: ¿OPERATIVO POLITICO O MILITAR?

Las consideraciones que llevaron al gobierno militar argentino a emprender la recuperación de las islas Malvinas en abril de 1982 fueron sobre todo de índole política. Aunque el operativo Malvinas implicaba de hecho el uso de la fuerza para desalojar a los pocos marines británicos destacados en las islas y su planificación señalaba la necesidad de un claro protagonismo militar, el aspecto de enfrentamiento bélico del operativo prácticamente no fue tomado en cuenta en su planificación. La ausencia de preparativos militares se debió, por un lado, a los supuestos iniciales respecto de la relativa pasividad británica frente a la toma de las islas y la actitud neutral que adoptarían Estados Unidos y los otros países de la OTAN ante un conflicto argentino-británico y, por el otro, al carácter netamente político de las consideraciones que impulsaron al régimen de Galtieri a lanzarse a la aventura Malvinas. Los supuestos iniciales sobre la reacción internacional demostraron ser erróneos aun antes de que se desencadenara la fase propiamente bélica del conflicto a fines de abril^{1/} y volveremos sobre ellos más adelante. Las consideraciones que llevaron a la cúpula militar a retomar las islas, luego de 149 años de ocupación británica, deben dividirse en consideraciones de política nacional, de política militar y de política internacional.

Las consideraciones de política nacional

Aunque el discurso político de los militares, que se mantuvieron en el poder en Argentina entre 1976 y 1983, siempre privilegió el discurso ante sus pares, los propios mili-

tares, obligadamente éste tenía como referente principal, como sustrato y escenografía, el acontecer político nacional.

A fines de 1981, la situación política, económica y social argentina estaba gravemente deteriorada. En diciembre de ese año el general Viola fue sustituido por el general Galtieri como presidente de la Nación, mediante un golpe palaciego que dejó indiferente a la ciudadanía. Los principales partidos políticos habían comenzado a organizarse en la Multipartidaria y en el país entero se vivía un clima de creciente movilización social y política. Habían quedado atrás las fases más agudas del terrorismo de Estado implementado por los militares, que diezmó a los sectores populares más radicalizados, y la represión no lograba tapar el descontento general. Finalizada la llamada "guerra sucia", fracasado el experimento económico neoliberal de Martínez de Hoz y en medio de sucesivos escándalos por la corrupción del aparato estatal, la legitimidad de los militares en el gobierno estaba muy erosionada, incluso en aquellos sectores que habían presenciado en forma complaciente la caída del gobierno de Isabel Perón.

La reivindicación de las islas Malvinas era un tema indudablemente popular y el régimen militar apostó a que esta popularidad se proyectaría sobre el gobierno que tomara la iniciativa de recuperar las islas. Aislados como estaban del país real, los militares soñaban con la posibilidad de crear el partido del "Proceso"* que aseguraría el continuis-

* Eufemismo con el cual se denominó la dictadura militar.

mo militar una vez producida la apertura democrática. En esta búsqueda de un espacio político propio, Galtieri organizó, pocos meses antes de iniciarse el operativo Malvinas, un gigantesco asado en la provincia de La Pampa al que asistieron miles de personas. Este asado, en el cual se alimentaron pantagruélicamente todos los funcionarios públicos de la zona, fue el lanzamiento como figura política de Galtieri.

Efectivamente, en el más corto plazo, los réditos políticos de la recuperación de las islas fueron muy altos. Al enterarse por los diarios, en la mañana del 2 de abril, del desalojo de los británicos de las Malvinas, la opinión pública argentina reaccionó con sentimientos encontrados de alegría, incredulidad y temor. El "trauma" argentino por la pérdida de las islas a manos de Gran Bretaña no era una mera ficción nacionalista, sino un elemento real en la conciencia colectiva de los argentinos, en la cual siempre han coexistido la aversión y la admiración por los británicos. El colonialismo inglés se hizo sentir en forma particularmente aguda en la Argentina del siglo XIX y la primera mitad del XX y la presencia británica en las Malvinas aparecía como un último vestigio de esta dependencia.

El gobierno logró transmitir a parte de la opinión pública su infundado optimismo respecto del desenlace del operativo. Para la cúpula militar, lo esencial, la recuperación argentina de las Malvinas, ya estaba logrado. Sólo faltaba consolidar en la mesa de negociaciones un hecho que ya había sido consumado.

El 2 de abril por la tarde, Galtieri inició su escalada

retórica que forzaría un camino sin retorno para Argentina y que sólo finalizaría 73 días después con la derrota final. En un discurso, transmitido por la cadena nacional de radio y televisión, se dirigió al país para decir que Argentina había recuperado las Malvinas "sin tener en cuenta cálculo político alguno". El contexto del discurso no permite dilucidar si se trató de una muestra de cinismo o ingenuidad enorme. "La Nación Argentina en armas, con todos los medios disponibles a su alcance, ha de presentar batalla si es atacada".^{2/} Aunque investigaciones posteriores demostraron que la eventualidad de esta batalla no había sido siquiera considerada en los planes militares, el 2 de abril lograron primar los sentimientos triunfalistas.

La Plaza de Mayo se llenó de adherentes eufóricos a la causa de las Malvinas que coreaban "Patria sí, colonia no". Galtieri vio colmadas sus expectativas de apoyo político, la presencia del pueblo en la Plaza siempre había sido un símbolo de la popularidad del gobierno. Esta vez, como se vería más adelante, no fue así: el apoyo popular estaba destinado a la recuperación de las islas y no al gobierno militar. Pero el "síndrome de la Plaza" había comenzado a operar y Galtieri y sus asesores más directos pasando por alto las rechiflas cada vez que aquél aludía a sí mismo como "Presidente de la Nación", pensaron que estaban madurando las condiciones para una futura candidatura presidencial de Galtieri.^{3/}

La situación de aislamiento interno del gobierno se revirtió súbitamente. Se entabló un diálogo fluído con todos los sectores políticos quienes, con la excepción del entonces dirigente radical de Renovación y Cambio, Raúl Alfonsín,

se mostraron dispuestos a legitimizar oficial e internacionalmente la recuperación de las Malvinas.^{4/} En la última semana de abril, cuando ya estaba claro el fracaso de la mediación de Haig, el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) emitió una declaración crítica que cuestionaba los supuestos con los que se había emprendido el operativo.

Con la derrota final en la guerra con Gran Bretaña, todos los aparentes réditos políticos, que había dejado en sus inicios el operativo Malvinas, se volvieron en contra del régimen militar. Si bien es dudoso que, como dijera el coronel Bernardo Menéndez, un asesor muy cercano a Galtieri, "el triunfo en las Malvinas hubiera justificado históricamente al gobierno de las Fuerzas Armadas".^{5/} la derrota marcó claramente el principio del fin.

El fracaso militar terminó de definir la ilegitimidad del gobierno de facto. Al descontento económico, político y social y al "destape" de lo ocurrido en la sangrienta represión que costó la vida a miles de personas durante los primeros años de la dictadura, se agregó la humillación nacional frente al poderío colonial británico como motivos para acelerar la transición a la democracia.

Las consideraciones de política militar

En el proceso de toma de decisiones antes y durante la guerra de las Malvinas, las consideraciones de política militar fueron las que pesaron más directamente. Esto se debió, por un lado, a la dinámica inherente al proceso de toma de decisiones en un régimen pretoriano, en ausencia de institu-

ciones democráticas.

La planificación del operativo Malvinas fue totalmente secreta y estuvo limitada a la Junta Militar misma, integrada por los comandantes en jefe de las tres armas*, y a unos pocos militares más. El canciller Costa Méndez, quien sería luego el encargado de representar internacionalmente la posición argentina en el conflicto, fue informado de los planes una vez que éstos estaban ya muy avanzados y, según varias investigaciones, su función fue meramente consultiva.

Aspectos importantes del operativo Malvinas se decidieron en función de una pugna de poder intramilitar. El proyecto de recuperar militarmente las islas siempre fue un plan dilecto de la Armada argentina. En 1977, el entonces comandante en jefe, Emilio Massera, le había encargado a Anaya, quien en esa época era comandante de la Flota del Mar, un plan de desembarco que nunca fue implementado. De ahí en adelante, Anaya habría quedado obsesionado con el tema y al asumir la comandancia en jefe en 1981, pasando a integrar la Junta Militar, habría decidido llevar a la práctica su plan. Las aspiraciones políticas de Galtieri, quien por la misma época asumió el mando del Ejército, facilitaron esta tarea. Anaya otorgó a Galtieri el apoyo necesario para desplazar a Viola del gobierno a cambio del compromiso de implementar el operativo Malvinas una vez llegado a la presidencia.

La Junta Militar fue el único organismo deliberativo an

* General Leopoldo Galtieri (Ejército), Almirante Jorge Isaác Anaya (Armada) y Brigadier Basilio Lami Dozo (Fuerza Aérea)

tés y durante la guerra y las posturas subjetivas de cada uno de sus tres integrantes pesaron mucho más que las opiniones de los especialistas militares y diplomáticos cuando fue preciso tomar decisiones.

La estructura de poder tripartita de la Junta se reflejaba en la "feudalización" del aparato estatal, donde los cargos y las funciones en ministerios, gobernaciones y otras reparticiones seguían un estricto cuoteo por rama de las Fuerzas Armadas. Los militares también llevaron esta compartimentación del poder a la guerra misma. En el Atlántico Sur, las fuerzas argentinas, en lugar de librar una guerra, libraron tres guerras simultáneas en las que las acciones militares de una fuerza nunca llegaron a coordinarse con las de las otras. El ECT (Equipo Compatibilizador Interfuerzas) no alcanzó a funcionar en la práctica y los titulares de los comandos de nivel táctico no se comunicaban con el comando del TOAS (Teatro de Operaciones del Atlántico Sur), sino directamente con su comandante en jefe.^{6/}

Estos problemas de conducción militar de la guerra tenían su origen en la concepción de política militar del régimen. En la llamada "guerra sucia", en la cual exterminaron a los grupos políticos más radicalizados y a miles de argentinos más que jamás habían tenido filiación política directa, las Fuerzas Armadas habían aplicado prácticas operacionales parecidas. Cada fuerza armaba sus propios comandos que actuaban independientemente y en competencia entre sí. Las prácticas utilizadas en la "guerra sucia" no sirvieron para la guerra contra la segunda potencia naval de Occidente.

Llegado el momento de enfrentar militarmente a la fuerza de tareas británica, cada arma actuó independientemente y tratando de minimizar las pérdidas. La flota no entró en acción por temor a los submarinos nucleares británicos y se mantuvo replegada durante todo el conflicto. El radio de vuelo de los aviones que venían del continente era limitado y, salvo en el caso de algunos golpes certeros que fueron posibles por la alta sofisticación tecnológica de los aviones y la pericia y el coraje personal de los pilotos de la Fuerza Aérea, la Royal Navy lograba ubicarse más allá del límite de combustible de los aviones, neutralizando su potencial ofensivo. Fue, por lo tanto, el Ejército el encargado de la defensa de las islas. Fueron llevados a Malvinas contingentes militares que sumaron los 14.000 hombres, la mayoría conscriptos con sólo tres meses de instrucción militar. Carecían del apoyo logístico más elemental: vehículos, vestimenta adecuada y alimentos. Ante la imposibilidad de movilizar y aprovisionar a los soldados, la defensa desde tierra de las islas era una utopía. La correlación de fuerzas en un enfrentamiento bélico entre la segunda potencia de la OTAN y un país en desarrollo como Argentina era de todos modos negativa para este último, pero, conocidos los condicionamientos arriba descritos, la fase bélica del conflicto parece perdida para los argentinos aún antes de iniciarse.

Finalmente, también se remonta a lo que los militares concebían como su "éxito en la lucha contra la subversión", el sentido de omnipotencia e impunidad que caracterizó a la conducción de la guerra de las Malvinas. Sin entrar a detallar la psicología política de los militares argentinos, podemos afirmar que su certeza absoluta acerca de la falta de

consecuencias adversas que tendría el uso de la fuerza en la recuperación de las islas Malvinas, tiene un claro antecedente en la impunidad de la cual gozaron al masacrar civiles indefensos.

A estos elementos psicopolíticos también cabe agregar la frustración de los militares argentinos por los resultados de la mediación papal en el conflicto por las islas de la boca oriental del Canal de Beagle. En diciembre de 1978, las presiones internacionales habían logrado evitar a último momento una guerra entre Argentina y Chile y los militares consideraban que el resultado de la mediación favorecía a los chilenos. El espíritu belicista de los comandantes en jefe a fines de 1981 interpretaba con bastante fidelidad el ánimo de los mandos militares, sólo que éstos nunca pensaron que las fuerzas que deberían enfrentar serían las británicas.

Las consideraciones de política internacional

El contexto internacional en el cual Galtieri asumió la presidencia y desencadenó el conflicto del Atlántico Sur estuvo fuertemente marcado por el discurso ideológico y las iniciativas geopolíticas del primer año del gobierno de Reagan. Este discurso privilegiaba una visión del mundo donde de todos los conflictos se encuadraban en el marco del enfrentamiento Este-Oeste y de la antinomia comunismo-anticomunismo. En términos geopolíticos, esta visión del mundo significaba parar el avance soviético, sobre todo en las llamadas "áreas de influencia" estadounidenses, por todos los medios que fueran necesarios, para reestablecer la primacía de Estados Unidos.

Las dictaduras del Cono Sur vieron con beneplácito la llegada al gobierno de Reagan ya que, dadas sus afinidades ideológicas anticomunistas, pensaron que finalmente se modificaría su situación de aislamiento internacional, resultado de las flagrantes violaciones de los derechos humanos que concitaron el repudio de un gran número de países. Durante el gobierno de Carter, Estados Unidos había adoptado medidas punitivas contra los regímenes militares conosureños, cortando la ayuda económica y militar y prohibiendo la venta de armas.

Los republicanos llegaron al poder con el propósito de recomponer las relaciones entre Estados Unidos y los gobiernos autoritarios de firme convicción anticomunista. Para el gobierno de Reagan era prioritario encontrar aliados para su política en Centroamérica, cuyos propósitos fundamentales eran el desmantelamiento de la revolución sandinista en Nicaragua e impedir el avance de la guerrilla salvadoreña.

Al iniciarse el gobierno de Reagan, Estados Unidos esperaba encontrar lugartenientes para llevar adelante su política centroamericana. El gobierno militar argentino, con una vasta experiencia en operaciones antiguerrilleras, aparecía como el candidato perfecto para esta tarea. En el curso de unos pocos meses se produjo un súbito acercamiento entre ambos países, francamente inusitado en el contexto de las históricamente dificultosas relaciones argentino-estadounidenses. Se revertía así una relación que se había deteriorado mucho durante el gobierno de Carter, a raíz de la actitud abiertamente crítica de ese gobierno frente al régimen militar argentino.

Como comandante en jefe del Ejército, Galtieri viajó a Estados Unidos en agosto y en noviembre de 1981 y, entre reuniones y ágapes, comprometió la presencia efectiva de Argentina en los proyectos político-militares de Estados Unidos en Centroamérica. La nueva "relación especial" entre ambos países se gestó en la visita de agosto, cuando Galtieri viajó invitado por su colega estadounidense, el general Edward Meyer, y se fue materializando en los meses siguientes en sucesivas visitas semi-secretas que realizó el general Vernon Walters, emisario especial y embajador itinerante del presidente Reagan. Las propuestas de Walters giraban alrededor de dos puntos: en primer lugar, la cooperación argentina en la guerra en Centroamérica y, en un segundo plano, la eventual creación de la Organización del Tratado del Atlántico Sur (OTAS), que aseguraría los intereses estratégicos de Estados Unidos en esa región.

El viaje de Galtieri de noviembre, cuando asistió a la asamblea de comandantes en jefe de los ejércitos americanos, presentó la culminación, al menos en términos retóricos, del idilio argentino-estadounidense. Mientras Galtieri manifestaba que, a partir de entonces, "Argentina y Estados Unidos marcharán unidos en la guerra ideológica que se está librando en el mundo",^{7/} el asesor de Seguridad Nacional, Richard Allen, describía al general argentino como una "personalidad majestuosa" y Caspar Weinberger, el secretario de Defensa, coincidía en que "impresiona mucho".

Por esa misma fecha, Argentina otorgó al gobierno salvadoreño un crédito por US\$ 15 millones y comenzaron a aparecer los informes acerca de la presencia de contingentes mili

tares argentinos en Centroamérica, los cuales nunca fueron confirmados oficialmente, aunque provenían de fuentes fidedignas. Durante este período, Argentina también actuó como la principal fuente de financiamiento de los rebeldes anti-sandinistas.

El tipo de relación bilateral entablada servía plenamente a los intereses del gobierno republicano y también parecía satisfacer a los militares argentinos quienes veían satisfechas sus necesidades de legitimación internacional y se sentían finalmente acompañados en su cruzada anticomunista.

Poco duró este período de autocomplacencia. El cálculo político de los asesores de Reagan en materias hemisféricas no incluía al "gámbito internacional" que jugarían los militares argentinos "para hacer frente al jaque nacional".^{8/} Mucho se ha especulado acerca de la posibilidad de que Estados Unidos haya dado "luz verde" a los argentinos para la recuperación de las Malvinas.

Parece insólito que el tema no se haya puesto en el tapete en los múltiples y cercanos contactos políticos y militares que mantuvieron Argentina y Estados Unidos en el período 1981-1982. Según algunas investigaciones,^{9/} los argentinos efectivamente manifestaron en varias oportunidades la importancia que tenía para ellos el tema Malvinas y lo urgente que resultaba encontrar una solución definitiva al problema. Los interlocutores estadounidenses solícitamente expresaban su comprensión frente a las inquietudes argentinas (que veían como una nueva expresión de la tradicional retórica nacionalista argentina) y pasaban a otros temas que tenían un

interés específico para Estados Unidos.

Orgullosos como estaban los militares argentinos de su nueva "relación especial" con Estados Unidos, convencidos de la importancia de Argentina en la ejecución de la política centroamericana de Reagan y negándose a aceptar como tales las respuestas formales de Estados Unidos a los planteos argentinos sobre las Malvinas, los miembros de la Junta Militar concibieron y desarrollaron el plan del operativo Malvinas suponiendo que Estados Unidos mantendría la neutralidad en un conflicto argentino-británico.

Este fue un supuesto básico cuya falsedad quedó demostrada apenas iniciadas las hostilidades. Los militares argentinos no tuvieron en cuenta que la "relación especial" de Estados Unidos con Gran Bretaña era mucho más fuerte, más importante geoestratégicamente y de más larga data que la relación con Argentina. Algunos funcionarios estadounidenses de alto rango, como Jeane Kirkpatrick y Thomas Enders, artífices de la política de Reagan, tampoco lo tuvieron en cuenta, persuadidos de la importancia del apoyo argentino en Centroamérica.

En retrospectiva, resulta claro, sin embargo, que la posibilidad de la neutralidad estadounidense no resistía un análisis más exhaustivo. El presidente Reagan, quien conversó con Galtieri en la madrugada del 2 de abril, ^{10/} poco antes que las tropas argentinas desembarcaran, intentó infructuosamente disuadir al presidente argentino, advirtiéndole que con toda seguridad Gran Bretaña respondería militarmente y que, como resultado del conflicto, las relaciones argenti-

no-estadounidenses sufrirían gravemente, señalando inequívocamente que Estados Unidos era amigo y aliado de Gran Bretaña.

También en la misión del secretario de Estado, Alexander Haig, quien intentó mediar entre las partes en conflicto, se sucedieron las señales que indicaban hacia qué lado se inclinaría la balanza de la lealtad estadounidense al momento de producirse los primeros disparos. Haig integraba el grupo de los "Atlantistas" del gobierno norteamericano quienes privilegiaban por sobre cualquier otra consideración geoestratégica la relación con los aliados de la OTAN.

También la opinión pública estadounidense se volcó rápidamente al lado británico por los lazos que tradicionalmente han unido a ambos países y por repudio a lo que se concebía como una acción de fuerza, impulsada por un gobierno de inclinaciones fascistas, poco confiable.

A pesar de todos los indicios en el sentido contrario, el gobierno militar y gran parte de la opinión pública argentina continuaron creyendo en la neutralidad de Estados Unidos durante el mes de abril. A medida que la fuerza de tareas británica se acercaba al Atlántico Sur iban fracasando uno tras otro los intentos de negociación. Los militares argentinos daban instrucciones a sus diplomáticos, cuya intransigencia no se condecía con el hecho de que los supuestos básicos del éxito del operativo Malvinas resultaron ser erróneos.

No sólo Estados Unidos fue abandonando cada vez más su

presunta neutralidad, sino resultó claro desde un principio que Gran Bretaña estaba dispuesta a desplegar todo su potencial bélico para recuperar las islas.

Los cálculos argentinos en relación a la reacción británica resultaron exactamente al revés de lo previsto. Los militares veían deteriorado el prestigio político del gobierno de la señora Thatcher y pensaron que, dado el escaso interés objetivo que las Malvinas tenían para los británicos, esto le impediría desarrollar una acción militar de envergadura. Lo que ocurrió fue que el gobierno conservador supo aprovechar la oportunidad para unificar alrededor suyo a parte importante de la opinión pública que apoyaba el envío de la flota para revertir esta afrenta al poderío británico. Los graves problemas económicos y políticos de gran Bretaña pasaron a un segundo plano en medio de un gran despliegue de nostalgia colonialista.

Los británicos también supieron aprovechar políticamente el hecho de que se trataba de un conflicto entre una democracia y un régimen dictatorial. En discursos con claras reminiscencias churchillianas, la señora Thatcher declaraba que estaba defendiendo "la causa de la libertad" frente a la amenaza fascista.^{11/}

Otras consideraciones de política internacional hechas por la Junta Militar también resultaron erróneas. Ni la Unión Soviética ni China vetaron la resolución que condenaba la ocupación de las Malvinas por Argentina en el Consejo de Seguridad de la ONU. Aunque la mayoría de los países latinoamericanos apoyaron de palabra la causa argentina, este apo-

yo no tuvo ningún efecto concreto. Lo mismo sucedió en la
asamblea de la OEA y en la convocatoria del TIAR. El movi-
miento de Países No Alineados tardó en manifestar su apoyo a
Argentina dado que el gobierno militar siempre había hecho
todo lo posible por distanciarse de este grupo de países y
del Tercer Mundo en general. Aunque la diplomacia argentina
ensayó un giro de 180 grados a último momento, manifestando
su compromiso con el no alineamiento, el desenlace del con-
flicto ya estaba definido. Con la rendición de Puerto Argen-
tino (Port Stanley), el 14 de junio, sólo terminó de concre-
tarse la derrota militar, condicionada por el conjunto de ra-
zones políticas que incidieron decisivamente en la planifica-
ción y en el desarrollo de la aventura argentina en Malvi-
nas.

NOTAS

- 1/ Ver Alain Rouquié Poder militar y sociedad política en Argentina, Buenos Aires, 1981 y del mismo autor "Hegemonía militar, estado y dominación social" en Alain Rouquié (comp.) Argentina, hoy, Buenos Aires, 1982.
- 2/ Gral. (R) Juan E. Guglielmelli "La Guerra de las Malvinas. Falsos supuestos políticos conducen a la derrota", Estrategia N°71-72, abril-septiembre 1982, p. 19.
- 3/ El Cronista Comercial, Buenos Aires, 5 de abril 1982.
- 4/ Ver O.R. Cardoso, R. Kirschbaum, E. van der Kooy, Malvinas, la trama secreta, Buenos Aires, 1983.
- 5/ Clarín, Buenos Aires, 6 de abril 1982.
- 6/ O.R. Cardoso et.al., ob.cit., p. 39.
- 7/ "Por qué se perdió en las Malvinas. Borrador del informe final del general Rattenbach", La Voz, Buenos Aires
- 8/ Washington Post, 16 de abril 1982.
- 9/ Gregorio Selser "Islas Malvinas, nada es gratis", en Crítica Política 15-30 de abril 1982, México.
- 10/ Ver O.R. Cardoso et.al., ob.cit.; Anthony Barnett, "War over the Falklands", New Left Review, N°134, julio-agosto de 1982.
- 11/ New York Times, 3 de abril 1982.
- 12/ Anthony Barnett, ob.cit., p. 62.

BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

1. General Information
Name: _____
Address: _____
City: _____
State: _____
Zip: _____

2. Personal Information
Date of Birth: _____
Sex: _____
Marital Status: _____
Occupation: _____

3. Education
School: _____
Degree: _____
Year Graduated: _____

4. Employment History
Company: _____
Position: _____
Start Date: _____
End Date: _____

5. References
Name: _____
Address: _____
Phone: _____

6. Additional Information
Other: _____

7. Signature
Signature: _____
Date: _____

8. Notes
